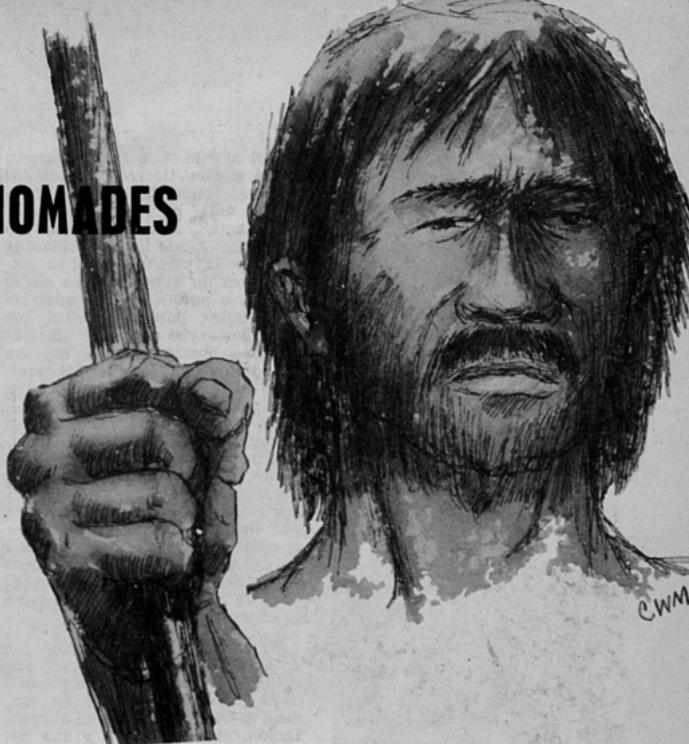


SE EXTINGUEN LOS ÚLTIMOS NOMADES DEL MAR

Por LUIS ENRIQUE DELANO

ALLA en el más despedazado trozo de la costa chilena, entre el Golfo de Penas, por el norte, y el Estrecho de Magallanes, por el sur, donde la tierra es un dédalo de canales, archipiélagos y fiordos, viven o mejor dicho mueren, se extinguen, los últimos ejemplares de una rama de los indios fueguinos: los alacalufes. Por allí la geografía chilena enloquece y la fría costa patagónica es un intrincado laberinto que cualquier piloto no es capaz de seguir. En esos archipiélagos, por donde de tarde en tarde suelen aventurarse los chilotos que van a cazar lobos o a comerciar pieles de nutria, y donde aún menos a menudo pasa un barco de pasajeros, los viajeros antes solían ver acercarse a toda velocidad unas cuantas canoas tripuladas por indios de piel achocolatada y brillante de aceite de foca, con melena negra hasta los hombros y un taparrabos por toda vestimenta: eran los alacalufes, que a través de un intrincado sistema de señales cambiadas con hogueras y humos elevándose hacia el cielo, se comunicaban la presencia de los barcos. Iban, pues, llevando pieles de nutria y canastos de fibras, a cambiar estos productos por tabaco, alcohol, fósforos, ropas y, por supuesto, toda esa bisertería de pacotilla con que los chilotos han engañado a las tribus no civilizadas desde tiempos inmemoriales.

¡Los alacalufes! Los viajeros los miraban llegar y alejarse luego en sus canoas de corteza de árboles, sentían quizás un poco de lástima por ellos y después olvidaban a esos seres perdidos en los recodos infinitos de los archipiélagos patagónicos.



UN ESTUDIO SERIO

No hace muchos meses, la Universidad de Chile publicó un libro del etnólogo francés Joseph Empeaire titulado "Los nómades del mar", en traducción del poeta y catedrático Luis Oyarzún. Se trata de una obra antropológica dedicada por entero a los alacalufes, un estudio serio y acabado, de 260 nutridas páginas. Empeaire, que había demostrado siempre interés por los núcleos indígenas sudamericanos a punto de extinguirse, vino a Chile en tres oportunidades. En una de ellas estuvo dos años viviendo con los alacalufes, aprendió su lengua, conoció su conducta social, el medio en que se mueven, sus leyendas, su folklore, sus sentimientos religiosos; vio cómo hacían sus chozas, sus canoas, sus herramientas, sus armas; observó su vida familiar y sus hábitos sexuales; estudió sus enfermedades y registró todos sus datos antropométricos; los acompañó en cárceles y expediciones marítimas; fue, en fin, durante esos dos años, un compañero fiel de los alacalufes y éstos llegaron a considerarlo como uno de los suyos, otorgándole su confianza y su amistad.

Así pudo Empeaire recoger un riquísimo material para escribir el extraordinario libro llamado "Los nómades del mar". Acom-

pañado de un médico, el Dr. Robin, Joseph Empeaire fue dejado un día por un barco en la isla Wellington, donde había unas cuantas familias alacalufes que vivían parasitariamente en torno del puesto militar de Puerto Edén.

Trabar el contacto con los indígenas no fue fácil. Dice Empeaire: "Era necesario primero aprender la lengua alacalufe, cuyo vocabulario y cuya gramática nos eran completamente desconocidos. Los alacalufes no saben sino algunas palabras muy elementales de español y, en ausencia de todo intérprete, esta adquisición fue larga. Aún ahora, nos hallamos lejos de dominar perfectamente la lengua fueguina, llena de riquezas y sutilezas sorprendentes. Conocemos sin embargo lo bastante como para escuchar una conversación e intervenir en ella sin ser un elemento perturbador. Nos costó largo tiempo llegar a esta simple etapa. Durante semanas debimos contentarnos con coexistir en silencio. La verdadera toma de contacto se produjo con ocasión de una epidemia que casi exterminó a todo el campamento. Tuvimos entonces la suerte de salvar a una parte de los enfermos. Cuando la epidemia terminó, nos habíamos incorporado definitivamente al grupo".



Iban, pues, llevando pieles de nutria y canastos de fibras...

o de un lugar geográfico. Desde que el gobierno de don Pedro Aguirre Cerda dio, en 1940, los primeros pasos para proteger a los alacalufes, se les ha dado nombres de personajes, de navegantes o de lugares alusivos, tales como Molina, Martínez, Magallanes, Meidel, Canales, Wellington, etc., nombres que a ellos los tienen sin cuidado. En su vida social parten del principio de que todos los indios son buenos, con excepción de los ladrones; con el ladrón se entiende el ofendido, el robado, porque no tienen tribunales ni jefes tribales. Las mujeres, igualmente, después de un robo entre ellas, sostienen largas explicaciones con llantos, discursos, recriminaciones y lamentos, en escenas que alcanzan, según Empereire, cierta grandeza bíblica.

Los alacalufes no son tiernos sino con los niños y los animales pequeños; son serios, reservados, más bien tristes. Entre padre e hijo no hay exactamente relaciones de mando y obediencia, y el adolescente, que a veces suele casarse a los 16 ó 17 años, sólo pasa a ser un hombre hecho y derecho cuando se construye su propia canoa.

Sus manifestaciones artísticas o estéticas son nulas, pero en arpones que posiblemente tienen 2 mil a 3 mil años de antigüedad, se han encontrado incisiones geométricas muy finas. Entonan canciones lentas y a media voz y estos coros se refieren a cosas del medio inmediato, las ballenas, el huemul, el coipu, el zorro, la nutria, el fuego, el tabaco, etc. Son muy simples, a menudo de una sola frase: "La ballena ha pescado peces: se hunde en el agua con la cola levantada", o bien "El huemul, sobre la montaña, a lo lejos vigila los alrededores y come".

La vida familiar es simple: manda el jefe, pero sin violencia, aunque a veces estallan querellas conyugales por motivos insignificantes. Las mujeres suelen ser bastante infieles, lo cual no parece preocupar gran cosa a los hombres. Los ancianos que se vuelven demasiado fastidiosos, son excluidos del grupo familiar, y los maridos que no han sabido conservar a sus mujeres, se van a vivir solos o con otras familias. En el pasado, la poligamia era una regla familiar.

Creer en los espíritus y el que domina es el fatídico Ayayema, que dispone a su sabor de las

fuerzas naturales, incendia chozas, distribuye enfermedades y accidentes, provoca naufragios y es especialmente temible durante la noche. Tienen ciertos tabús, como el de no arrojar jamás al fuego ni al mar una concha de marisco; no matar ni comerse los perros; ni procurar contacto alguno entre el fuego y el agua del mar. Cortarle a otro el cabello significa adquirir poder sobre él. Para ellos, el corazón es el órgano central del cuerpo; tienen sus curanderos y una terapia muy común: la del baño de mar, aún en enfermedades febriles o neumonía. La muerte no pasa de ser un fenómeno natural: una vez que el enfermo entró en coma, se le deja, considerándolo simplemente un muerto. Los funerales son solemnes y afectan a toda la comunidad.

Así viven esos restos en la Patagonia, verdaderos naufragos de la historia y el tiempo. Si la Universidad o el Estado no van a los archipiélagos donde azota el viento y cae la lluvia pertinaz, a rescatar a esos cincuenta alacalufes sobrevivientes, nada podrá salvarlos de las garras de Ayayema, el terrible espíritu del mal.

L. E. D.